

# Culturas, mundos globales y paz

*Cultures, Global Worlds and Peace*

MARÍA-JOSÉ CANO

Instituto de la Paz y los Conflictos · Universidad de Granada  
rimon@ugr.es

BEATRIZ MOLINA RUEDA

Instituto de la Paz y los Conflictos · Universidad de Granada  
bmolina@ugr.es

## Abstract

This article is focused on the works that derive from the field of study about peace and, more specifically, the theory relating to *imperfect peace*, developed by a group of researchers some years ago. Francisco A. Muñoz, researcher from Granada (Andalusia, Spain) was the originator of this theory at the beginning of the 2000 and afterwards, it was applied by other academics to different fields related to the study of peace.

The central theme of our work is to analyse the cultural field and the mediating role of cultures in the peaceful regulation of conflicts, considering that all human activity has cultural connotations. We will talk about cultures, not as isolated entities that are geographically delimited, but as interrelating spaces that give rise to social structures in which changes and transformations, ideas and ways of acting (ranging from the personal to the social, the political and the international) occur that may be common, shared and compatible.

These cultural aspects will be studied from the method or perspective called Peace Research, discipline which allow us analysing, among others, the social and culture phenomena that form part of historical processes in different places and times. The main topic will be focussed on the religious aspect, as one of the cultural identifying and its influence on identities, although other cultural dimensions could be studied (economical, political, environmental or educational).

Additionally, we are setting our analysis on the world stage, where cultures and all human activity unfold today. Current globalization is a process that affects most of our reality: economic models, the market, nationalisms, international relations, relationships between cultures and religions, gender relations, education, etc. In all these spheres, problems and conflicts are generated that cannot be understood if we do not consider them to be 'global problems'. Once the results of our study are reached, we can conclude that it is possible to think about cultures from their pacific contribution, more than its violent aspect.

Key words: Intercultural; Religions; Identities; Conflicts; Peace Research.

## Resumen

Este artículo toma como punto de partida los trabajos realizados en el campo de los estudios sobre la paz, y más específicamente la teoría sobre la paz imperfecta que se viene desarrollando hace años por un grupo de investigadores. Esta teoría fue iniciada por el investigador granadino Francisco A. Muñoz a principios de los años dos mil y, posteriormente, aplicada por diversos investigadores a distintos ámbitos relacionados con la paz.

El eje central de nuestro trabajo es analizar el papel mediador de las culturas en la regulación pacífica de los conflictos, teniendo en cuenta que toda actividad humana tiene connotaciones culturales. Hablaremos de las culturas, no como entidades aisladas y delimitadas geográficamente, sino como espacios que se interrelacionan dando lugar a entramados sociales en los que se dan cambios y transformaciones, ideas y modos de actuación, que van desde lo personal hasta lo social, lo político o lo internacional) que pueden ser comunes, compartidos y compatibles.

El método o enfoque desde el que abordaremos estos aspectos culturales es el de la *Investigación para la Paz*, disciplina que nos permite analizar, entre otros, los fenómenos sociales y culturales que forman parte de los procesos históricos en diversos lugares y tiempos. Sin restar importancia a otras dimensiones culturales (económica, política, ambiental, educativa...), se hará especial hincapié en el aspecto religioso, como uno de los identificadores de la cultura, y su influencia en las identidades.

Por otra parte, situaremos nuestro análisis en el escenario del mundo global, en el que hoy se desenvuelven las culturas, y cualquier actividad humana. La globalización actual es un proceso que afecta a la mayoría de nuestras realidades: modelos económicos, mercado, nacionalismos, relaciones internacionales, relaciones entre culturas y religiones, relaciones de género, educación, etc. En todos estos ámbitos se generan problemáticas y conflictos que sólo serán entendidos adecuadamente si los contemplamos como 'problemas globales'. Tras los resultados de nuestro análisis podemos llegar a la conclusión de que es posible pensar las culturas desde sus aportaciones pacíficas, más que desde las violentas.

Palabras clave: Interculturalidad; Religiones; Identidades, Conflictos; Investigación para la Paz.

## 1. Introducción

Realizar un artículo con el objetivo de homenajear a un colega, en este caso a un colega muy querido, con el que se han compartido debates, ideas y trabajos condiciona de forma determinante. No tiene sentido aprovechar este espacio para presentar un caso concreto resultado de la investigación si no tiene relación con su investigación y con su trayectoria académica. Es por lo que nosotras queremos presentar aquí algunas de las reflexiones que tantas veces compartimos con Francisco Muñoz: ¿qué sentido tiene que nos dediquemos a la Investigación para la Paz/Peace Research?, ¿cómo la investigación que se realiza en un centro de las características del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos puede influir en la transformación de los múltiples conflictos que asolan la sociedad actual?, ¿es necesario un giro epistemológico y ontológico que nos permita pensar la Paz desde su propia existencia, y no desde la violencia? y otras tantas interrogantes.

Para realizar este artículo hemos procurado utilizar fundamentalmente las obras de referencia de Muñoz, muchas de las teorías e ideas expuestas en esas obras habían sido revisadas por el propio autor, algunas de ellas continúan siendo sometidas a debate. Al fin y al cabo muchas de nuestras propuestas en un ámbito concreto de la investigación se alimentan de ese marco teórico que F. Muñoz se esforzó en ir construyendo en continuo diálogo con numerosos colegas, disciplinas y metodologías.

Esta modesta contribución quiere ser un homenaje, no sólo a Francisco Muñoz, sino a todas aquellas personas que desde distintos ámbitos trabajan en la construcción de la paz.

## 2. El enfoque de la Investigación para la Paz

La metodología que vamos a aplicar forma parte de la actividad investigadora que realizamos en la Universidad de Granada, en el marco del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos. Los Institutos Universitarios, y la Universidad en general, desempeñan un importante papel en la transformación de realidades sociales a medio y largo plazo. Ciertamente, dentro del ámbito académico en el que se insertan, sus objetivos van dirigidos en principio a la investigación y la docencia, pero sin desatender a la realidad social y a las relaciones que individuos y sociedades establecen entre sí, tanto a nivel interno como externo. Dicho de otro modo, el quehacer universitario está orientado a la transmisión y avance del conocimiento, a la creación y difusión de ideas y propuestas científicas, pero también debe implicarse en distintas problemáticas sociales y culturales, tanto del entorno cercano como de otros lugares.

Las universidades, como instituciones a las que los ciudadanos acuden para su formación, no pueden ser ajenas a las sociedades en las que están insertas. Así entre sus cometidos -además de impulsar y difundir el conocimiento y la ciencia- está el fomentar su compromiso con la realidad cercana y procurar que todas sus acciones tengan una proyección social. En este sentido, las universidades deben apoyar e impulsar acciones como la cooperación al desarrollo, la solidaridad o el fomento de las políticas y prácticas de igualdad entre los colectivos sociales más desfavorecidos. Su cometido incluye también la promoción de redes de centros y grupos de investigación, de proyectos interuniversitarios, etc., así como el asesoramiento en aspectos de política internacional (cooperación, ayuda humanitaria, mediaciones, negociación, políticas de derechos humanos, reconciliación, reconstrucción postconflicto...), de política social (colaboración con ONG y asociaciones ciudadanas), y de política educativa (accesibilidad a la educación, planes de convivencia escolar, promoción de una cultura de paz...).

Por otra parte, la Universidad actual se caracteriza por su tendencia hacia enfoques cada vez más inter y transdisciplinares. Esto hace que las instituciones universitarias evolucionen hacia una investigación y una docencia en las que convergen diversas disciplinas y metodologías, estableciendo continuas conexiones e interrelaciones entre las diversas áreas de conocimiento. Esta tendencia no es ajena a los nuevos retos de la globalización, los cuales, en el terreno que nos ocupa, hacen necesaria una evolución de la Universidad

hacia la transdisciplinariedad. Tal como ya se expresaba en la declaración del Congreso celebrado en Locarno (Suiza, 1997), sobre *¿Qué universidad para el mañana? Hacia una evolución transdisciplinar de la Universidad*, «el reparto universal de los conocimientos no podrá tener lugar sin la emergencia de una nueva tolerancia fundada sobre la actitud transdisciplinar, lo cual implica la puesta en práctica de la visión transcultural, transreligiosa, transpolítica y transnacional» (Muñoz – Molina – Cano, 2004: 78).

Para avanzar en este sentido es necesario vertebrar la cooperación universitaria en torno a una idea común que contemple el intercambio, el debate y la negociación entre los múltiples y variados conocimientos y metodologías. Sin olvidar la promoción de los valores que nos acerquen a realidades y prácticas sociales, haciendo operar estos valores dentro de la institución académica. La Universidad del presente tiene ante sí algunos retos como son: potenciar su capacidad de transformación social, transformar nuestro pensamiento en interdisciplinar y llevarlo a la práctica, establecer vínculos entre las diversas disciplinas, adaptarse a un mundo cambiante y globalizado. Por otra parte, las acciones que se acometan deberán tener una dimensión internacional y planetaria, tal como demanda el actual mundo global. Esto exige potenciar los intercambios con otros centros e instituciones, así como la implicación con la realidad social.

Todas estas son tareas sobre las que existe un notable consenso y en las que las instituciones universitarias emplean importantes esfuerzos. No obstante hay que reconocer que su puesta en práctica no está exenta de dificultades, entre otras cosas porque no es fácil romper con una trayectoria de inercias y tics académicos a los que durante mucho tiempo hemos estado habituados. Para lograrlo es necesario realizar un giro metodológico y epistemológico, una renovación en los modos de construir el conocimiento que supere antiguas prácticas y sea capaz de estar en consonancia con los vertiginosos cambios a los que el mundo se enfrenta en los últimos tiempos.

Creemos que en esta vía juegan un significativo papel los Institutos Universitarios de Investigación, al tratarse de centros que están concebidos en sí mismos como unidades inter y transdisciplinares que al mismo tiempo, o precisamente por ello, asumen como uno de sus principales motivos el compromiso social, el estar en conexión con la realidad del mundo donde se ubican, de manera que sus actividades van encaminadas a servir de enlace entre la reflexión teórica especializada y la práctica social o política de su entorno.

La *Investigación para la Paz*, en su trayectoria desde mediados del siglo XX, ha promovido la renovación de los estudios en diversos campos del conocimiento y ha fomentado la cooperación interdisciplinar entre los investigadores de las distintas ciencias sociales (Sociología, Politología, Relaciones Internacionales, Antropología, Educación, etc.). Uno de sus méritos ha sido ampliar los horizontes epistemológicos de las diversas ciencias y dotar a éstas de un utillaje nuevo e interdisciplinar que ha provocado un avance significativo en el tratamiento y soluciones a los problemas vivenciales, reales e intelectuales del ser humano (Muñoz, 2001: 27-29).

La Investigación para la Paz ha ido ampliando y matizando los conceptos de *conflicto*, *paz* y *violencia* sobre los que trabaja, de manera que actualmente la Paz ha de ser entendida como un proceso dinámico en el que no solamente se tiende a eliminar la violencia,

sino que a la vez supone reconocer todos aquellos espacios, circunstancias, experiencias, momentos y actores que se relacionan con la regulación pacífica de conflictos. Se trata de una paz que convive con la violencia y con el conflicto, una paz que es un instrumento constitutivo de las realidades sociales en las que puede producir transformaciones de alcance. En última instancia, la filosofía que inspira a la Investigación para la Paz va dirigida a buscar o provocar cambios en las sociedades tendiendo hacia objetivos que sean compatibles con la justicia social y el bienestar, pese a la inevitable existencia de la violencia. Se trataría, si se quiere, de visibilizar y potenciar «pequeñas paces» que hagan más humanas las relaciones entre los seres humanos. Por otra parte, las acciones en pos de este objetivo deben tener unas dimensiones internacionales y planetarias, dadas las interconexiones entre fenómenos locales, nacionales e internacionales (Muñoz, 2001: 21-66).<sup>1</sup>

La Paz -entendida en el sentido amplio y abierto que acabamos de indicar- es un instrumento constitutivo de las realidades sociales y culturales, al tiempo que nos proporciona nuevas estrategias para el análisis de la realidad. Otra de las ventajas de este enfoque es que nos permite una aproximación multi, inter y transdisciplinar, al abordar el objeto de estudio desde diversos modelos y disciplinas (Sociología, Historia, Antropología, Biología, Política, Lenguaje, Semiótica, etc.). Poco a poco se ha ido construyendo un marco teórico que pueda dar cobertura al análisis de todas estas realidades. Desde la primera formulación del concepto de *paz imperfecta* (Muñoz, 2001), ese marco teórico se ha ido implementando, ha ido creciendo, con las aportaciones de numerosos investigadores que han trabajado en colaboración con Muñoz, dando lugar al desarrollo de nuevos conceptos, que han permitido avanzar en la construcción de teorías y prácticas de la Paz, tales como el *giro epistemológico* (Martínez, 2001), la *complejidad* (Muñoz – Molina, 2009), los *equilibrios dinámicos* (Muñoz – Molina, 2010), el *empoderamiento pacifista* (Muñoz – Herrera – Molina – Sánchez, 2005: 131-168), o los *habitus de la paz* (Muñoz – Bolaños, 2011). Todos ellos nos ayudan a una mejor interpretación y análisis de realidades sociales y culturales en las que está presente la paz.

Entre las múltiples problemáticas y aspectos que aborda la *Investigación para la Paz*, vamos a centrarnos en el relacionado con las culturas y su capacidad de gestionar pacíficamente los conflictos. Se trata de un ámbito especialmente significativo que tiene múltiples conexiones con los más diversos escenarios de los conflictos humanos, puesto que la gran mayoría de estos tiene implicaciones culturales. Esto se relaciona asimismo con la complejidad, de cuya gestión provienen los múltiples conflictos a que deben enfrentarse los humanos. Esta misma complejidad hace que las preocupaciones asociadas a la paz, las escalas, las variables culturales y las propuestas teóricas se nos presenten como algo casi inabarcable. Un primer paso para superar esto es, recogiendo en primer lugar todo el bagaje de que ya disponemos, tratar de identificar lo más claramente posible el campo sobre el que se trabaja y establecer mecanismos científicos, académicos e institucionales de cooperación inter y transdisciplinar. En otras palabras, si la paz es, en última instancia, una respuesta a la complejidad, el mejor modo de abordarla es entender la Investigación

<sup>1</sup> Todos estos aspectos forman parte del concepto de 'Paz Imperfecta', acuñado por Francisco Muñoz y aplicado actualmente por muchos investigadores de la Paz.

para la Paz como un campo transdisciplinar que aspire a comprender, explicar y dar alternativas considerando las relaciones entre los diversos fenómenos desde una perspectiva transcultural, plurimetodológica y transdisciplinar (Muñoz – Molina, 2009: 48-49). No cabe duda que cualquier aproximación a las regulaciones pacíficas presentes en las realidades y prácticas culturales debe abordarse, más que ningún otro campo si cabe, desde esa perspectiva pluri y transdisciplinar, plurimetodológica y transcultural.

### 3. El escenario global

La aplicación de los supuestos metodológicos y enfoques que acabamos de mencionar requiere además tener en cuenta el escenario mundial en el que nos movemos. En efecto, la situación actual no puede ser contemplada con la lógica de una evolución histórica lineal y acumulativa; por el contrario, los acontecimientos conllevan grandes cambios y reorientaciones a nivel global, y con ritmos diferentes en cada situación. Es cierto que en el contexto de la globalización contemporánea, los acontecimientos que arrancan de la II Guerra Mundial, y a continuación el ‘nuevo orden mundial’ tras la caída del muro de Berlín, mantienen algunas líneas de continuidad con los momentos anteriores, pero la situación adquiere nuevas dimensiones y es distinta cualitativamente.

Por consiguiente, la globalización no puede ser considerada como un simple proceso acumulativo y sumatorio de las situaciones anteriores en las que a lo largo de la historia se tendía a relacionar unas realidades con otras. Por el contrario, en el mundo contemporáneo esas tendencias históricas sufren cambios cualitativos importantes cuya característica esencial es la interacción entre realidades, actores y agentes de diverso tipo, a lo largo y ancho del planeta. Por esta razón, es prácticamente imposible que alguna de las realidades o actores del presente escape a las consecuencias de la globalización (Muñoz - Molina – Cano, 2004: 73 ss.), cuyos efectos se materializan en la existencia de redes, interconexiones, flujos de comunicación, etc.

Son pocas las áreas y campos de observación y estudio en los que podemos eludir el proceso de globalización en que estamos inmersos. Actualmente se manejan conceptos como ‘globalización cultural mediática’ relacionada directamente con las radicales transformaciones en los modos de comunicación (De Morães, 2005) pero cuestionadas por investigadores como Martín-Barbero (Martín-Barbero, 2005: 71 ss.). Esto nos obliga a contemplar cualquier realidad con otra mirada, desde otra perspectiva. El proceso de globalización que afecta al mundo actual se refleja en todos los dominios: social, económico, político, legal, ambiental, educativo, es decir afecta a todas y cada una de las dimensiones que conforman la cultura y, por ende, también a la construcción y percepción de identidades, a las ideas y prácticas religiosas, a la formación y remodelación de comunidades nacionales, a la organización social de base, a la reglamentación y ordenamiento político. González Arencibia (González, 2006: 16 y ss) al tratar de los cambios que se han producido en relación al tema habla de una ‘cultura globalizada’, mantiene que se produce «el cambio de los conceptos, no porque aparezcan otros nuevos, o de que se puntualicen

los viejos, sino en el sentido de que se desarrollan los aspectos por ellos englobados mediante múltiples determinaciones, haciéndose más preciso su contenido, ampliándose los límites de su condicionada aplicación, a diversos fenómenos en distintas condiciones y en distintos nexos.» Esta situación al mismo tiempo provoca cambios espacio-temporales y organizacionales que afectan a todos los aspectos de la vida social (Muñoz, 2001: 57). Todo esto genera una conciencia global que nos dota de mayor reflexividad a la hora de interpretar y abordar muchos de los conflictos actuales. Con todo, manejar el concepto de identidad, como mantiene Giménez (Giménez, 2000: 27), «es políticamente peligroso por integrar mitos políticos con fuertes resonancias pasionales, como es el caso de los nacionalismos, los etno-nacionalismos y racismos de toda laya».

Sin duda un aspecto de la problemática actual, relacionada con la globalización, viene motivado por la aceleración de los cambios y por la complejidad de las interrelaciones existentes, lo que dificulta la capacidad de comprensión de todo lo que acontece. En este escenario aparentemente pesimista, el reto de la Investigación para la Paz es abrir caminos de confluencia entre los distintos saberes y las distintas disciplinas, entendiendo que esto ocurre por la propia complejidad de la especie humana y que es fruto de la gran riqueza cultural humana en la que, por otra parte, las normas y comportamientos propiciatorios de paz son mayoría. Se trata pues de visibilizar y poner en valor esas pequeñas paces culturales, adoptando un nuevo enfoque que nos permita entender que estas situaciones complejas sólo pueden ser abordadas desde métodos cooperativos capaces de confluir en espacios culturales y científicos donde cada aportación particular cobre sentido dentro de un marco general de análisis (Muñoz - Molina, 2009: 49-51).<sup>2</sup>

No cabe duda de que la situación global engendra problemáticas nuevas cuya resolución es compleja, pero al mismo tiempo nos abre nuevos horizontes e interesantes espacios para actuar con nuevos enfoques, que tengan en cuenta las interconexiones globales y las interacciones entre diversos ámbitos. No se puede negar, en efecto, que el estado global provoca desigualdades, conflictos y violencias, tal como en numerosas ocasiones ha sido puesto de relieve. Sin embargo, en las mismas realidades actuales, enfocadas desde la perspectiva de la globalización, podemos detectar *ventajas globales* que nos abren enormes posibilidades de cambios y transformaciones positivas; así por ejemplo la visión global nos potencia la conciencia de la interdependencia con el resto de los seres humanos y con el planeta, nos abre a la multiculturalidad, a la solidaridad sin fronteras, nos proporciona mayores posibilidades de comunicación, un mejor conocimiento de la otredad, una mayor información y acumulación de conocimientos, etc., lo que en última instancia nos puede proporcionar un mejor entendimiento de la interculturalidad

Lo que podemos llamar ventajas globales se refleja asimismo en determinados fenómenos actuales como puede ser, por ejemplo, la emergencia de movimientos de contestación y resistencia en diversas áreas y escenarios: movimientos solidarios contra la guerra, el hambre, la pobreza o las desigualdades sociales, la comprensión de las migraciones, la protección del medio ambiente, etc. Asimismo la globalización propicia la capacidad

---

<sup>2</sup> Con la intención de facilitar el análisis de estas realidades complejas dentro de un marco teórico útil, se ha propuesto la aplicación de una matriz comprensiva e integradora de la paz (Muñoz-Molina, 2009: 50-53)

de interconexión y permite el acceso a los espacios y avances que se producen en puntos lejanos a nuestro entorno, lo que da lugar a la creación de redes con la consiguiente formación de experiencias inter y transculturales. La información potencia el progreso de la ciencia, el acceso a recursos lejanos, etc. Algunos otros de los efectos beneficiosos de la globalización son la defensa transnacional de los derechos humanos, de la igualdad de la mujer, de la educación, de la protección del medio ambiente, etc.

Son muchas las realidades en las que, contempladas desde la globalización, podemos encontrar elementos de paz: desde los modelos económicos, la organización de sistemas políticos, las democracias, o las relaciones sociales, en todas ellas se dan espacios en los que operan algunas de aquellas ventajas globales, y los fenómenos culturales no son una excepción a esto.

#### 4. Culturas y Conflictos

Los avances metodológicos de la Investigación para la Paz, y su ampliación de los conceptos de *Conflicto* y de *Paz*, nos permiten abordar desde nuevos enfoques el análisis de distintos aspectos de la realidad. En este caso vamos a detenernos en el aspecto cultural y las aportaciones pacíficas que se dan en este ámbito. Nuestro punto de partida es que el factor cultural, la Cultura -entendida como un complejo que abarca, no sólo los aspectos materiales sino también el carácter, el pensamiento, las actuaciones, las creencias y los valores de los humanos- es el marco donde inevitablemente se ubican la mayoría de las experiencias, actuaciones y situaciones pacíficas que, junto a otras violentas, proyectan cualquier tipo de actividad humana, ya sea individual o colectiva.

Partimos asimismo de la hipótesis de que las culturas aportan mecanismos de mediación para la regulación pacífica de conflictos. Para localizar e identificar esos mecanismos, proponemos algunas premisas básicas como son:

a) Todas las culturas tienen un carácter dinámico, abierto e interrelacional. Por lo tanto, la idea de cohesión de grupo como factor esencial de las culturas debe complementarse con la apertura a las relaciones con otros grupos, los intercambios de conocimientos, de ideas y bienes materiales y espirituales.

b) Todos los conflictos tienen un carácter cultural e intercultural, que actualmente se manifiesta a nivel global. El escenario mundial donde se desenvuelven todas las actividades del ser humano nos proporciona, a nivel cultural, algunas *ventajas globales*, que deben ser reconocidas y aprovechadas en la búsqueda de futuros más justos y pacíficos.

c) En todas las tradiciones culturales existen mecanismos y estrategias para regular los conflictos de la manera menos violenta posible. Esto nos abre la posibilidad de localizar valores inter y transculturales que permitan integrar la pluralidad de opciones en un mundo intercultural en el que sea posible el entendimiento pacífico.

Estos planteamientos nos permiten caminar hacia una comprensión global de los fenómenos culturales, como algo general y común a todos los grupos humanos, lo que tiene la ventaja de que no nos obliga a centrarnos exclusivamente en una tradición cultu-

ral concreta, con el consiguiente riesgo de ser parciales al mirar a los demás desde nuestra particular óptica.

#### 4.1. Complejidad y globalidad de las culturas

Al intentar aproximarnos al significado de *cultura*, encontramos que es un concepto polivalente, del que se han dado numerosas definiciones e interpretaciones que varían en función de la disciplina, de la corriente de pensamiento, o del enfoque desde el que se abordan dependiendo de las épocas. Esta diversidad de enfoques e interpretaciones refleja, entre otras cosas, la complejidad de los fenómenos culturales, en los que se combinan distintas variables y que afectan a numerosos ámbitos de la actividad humana.

Sin ánimo de adentrarnos en un análisis profundo del concepto de cultura -cuestión que escapa al objetivo de este trabajo- nos limitaremos aquí a recordar algunas de las definiciones clásicas que nos parece que continúan siendo significativas para comprender la evolución y entendimiento del concepto. Ha sido fundamentalmente la Antropología la que se ha ocupado de dar una definición de cultura, considerando que ésta es el objeto central de su disciplina, aunque tampoco hay unanimidad en lo que al contenido de dicho concepto se refiere. Se suele hacer una distinción entre «cultura subjetiva» (referida al cultivo, formación y educación de un pueblo o grupo y del individuo a él perteneciente) y «cultura objetiva», concepto referido más específicamente a aquellas culturas que han alcanzado un alto nivel urbano<sup>3</sup> y que trata de afirmar sobre todo la identidad colectiva. Asimismo, encontramos, en las definiciones, distintas tipologías dependiendo del punto de vista que prevalece en cada una de ellas: descriptivas, históricas, normativas, psicológicas (Aguirre, 1997; Kahn, 1975).

Hasta mediados del siglo XX, las concepciones de los diversos autores siguen basándose, con escasos matices, en la clásica definición de Taylor (1871) según la cual «Cultura es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, la ley, las costumbres y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de una sociedad». A partir de los años cincuenta se fue ampliando el campo de referencia del concepto, y en épocas más recientes se han formulado definiciones que pretenden ser más abarcativas. Una de estas definiciones es la que considera la cultura como «un sistema de conocimiento que nos proporciona un modelo de realidad a través del cual damos sentido a nuestro comportamiento. Este sistema está formado por un conjunto de elementos interactivos fundamentales, generados y compartidos por el grupo al cual identifican (etnia), por lo que son transferibles a los nuevos miembros (enculturación), siendo eficaces en la resolución de los problemas» (Aguirre, 1997:7). Otra de las definiciones afirma que «la cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios por los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida» (Geertz, 1996: 88)

<sup>3</sup> Se aplica este concepto particularmente desde el siglo XVIII en Francia y Alemania.

No cabe duda que estas definiciones introducen matices y componentes fundamentales de las culturas, como el carácter interactivo de los elementos que las conforman, o la idea del estudio de la cultura entendida como sistema simbólico; no obstante, observamos que podrían resultar insuficientes para llegar a aprehender el alcance del fenómeno cultural en la actualidad, sobre todo con vistas a detectar y diseñar modelos culturales e interculturales de paz. Creemos que las actuales circunstancias requieren un enfoque más global que tenga en cuenta factores como el mestizaje, la intercomunicación, el establecimiento de vínculos entre los distintos paradigmas.

Entre los diversos factores que conforman las culturas, queremos destacar dos, estrechamente relacionados entre sí, como son la identidad y la religión. A nuestro juicio, ambos factores son esenciales por estar conectados al horizonte cultural de cualquier grupo humano, afectando a su sistema de valores y a sus comportamientos y prácticas. Aunque ciertamente la religión es un subconjunto del conjunto identitario, con frecuencia la importancia conferida a las religiones hace que éstas lleguen a equipararse con la identidad.

Por su parte, el concepto de *identidad* está en estrecha relación con el de cultura, hasta el punto de que generalmente aquélla se ha utilizado para delimitar e identificar a un grupo humano. A su vez la religión es una dimensión de la cultura que tiene capacidad de identificar, al mismo nivel que otras dimensiones de la cultura como la económica, la política, el género, etc. Pero, al igual que ocurre con la cultura, la identificación de cada grupo como tal no es absoluta, sino que inevitablemente se dan relaciones, contactos e interferencias con otras identidades, de manera que, incluso dentro de un mismo grupo, pueden darse alternancias de identidad, que tienen su reflejo en los más diversos aspectos de la vida del grupo que se identifica como tal. El sentido de pertenencia que hace a un individuo identificarse como parte de un grupo o comunidad concreta frente a otra, puede variar o manifestarse de modo distinto según situaciones; así por ejemplo, una persona de un determinado lugar y tiempo se identificará, según las circunstancias y los escenarios, como individuo, como miembro de una familia o de un grupo social, como perteneciente a un determinado país, a una zona del mundo, a una tradición cultural y religiosa, etc. En estos casos puede hablarse de «identidades engarzadas o concatenadas» (Calvet, 2001).

La visión tradicional de las identidades como grupos étnicos cerrados y delimitados espacialmente puede verse ampliada si tenemos en cuenta que una identidad no sólo se forja en torno a unos intereses o circunstancias de tipo político o ideológico, sino que las identidades son además constructos simbólicos que se elaboran culturalmente. Este es quizás uno de los principales motivos por los que las identidades no pueden encapsularse territorialmente, pues las ideas y los valores trascienden, hoy más que nunca, las barreras físicas de las fronteras políticas o territoriales. Por eso, hoy día, en un mundo cada vez más pluricultural, más global, más relacionado entre sí y más intercomunicado, la noción de identidad como pertenencia a un grupo étnico cerrado, pierde sentido. En contrapartida, las identidades tienden cada vez más a construirse relacionamente, de modo que podemos decir que los rasgos identitarios se van negociando culturalmente para conformar una cultura mixta, abierta y dinámica, en continuo cambio, tomando, readaptando y re-creando nuevas formas y nuevas prácticas. En este sentido algunos au-

tores han propuesto repensar las identidades desde la hibridación, entendida ésta como «procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras y prácticas» (Canclini, 2001: 14) porque, en efecto, hoy ya no es posible hablar de las identidades entendidas como un conjunto de rasgos fijos, ni afirmar las identidades como esencia de una etnia o nación; por el contrario en un mundo globalizado altamente interconectado, las identidades organizadas en conjuntos históricos más o menos estables (etnias, naciones) se transforman. Los procesos globalizadores, por su propia naturaleza, acentúan la interculturalidad, de manera que, más que en la identidad, habría que poner el acento en la heterogeneidad y la hibridación interculturales (Canclini, 2001: 17).

En la misma línea, y dado que absolutamente todas las culturas se han ido construyendo en relación con las otras, más que de culturas habría que hablar de procesos culturales (Herrera, 2005). Lo cultural no es algo completo, cerrado y estático sino una construcción humana que cambia y se renueva continuamente, y lo que llamamos culturas no son más que procesos de reacción frente al conjunto de relaciones sociales, psíquicas y naturales en las que se mueven los humanos (Herrera, 2005: 60).

Otro de los elementos que suelen ir indisolublemente unidos a las culturas y que forma parte de la complejidad de éstas, es el factor religioso. Creemos que las religiones no pueden explicarse fuera de las culturas, como lo demuestra el hecho de que la mayoría de las tradiciones culturales y de los modelos identitarios están asociados a una tradición religiosa concreta; pensemos por ejemplo en el caso del cristianismo, el judaísmo, el islam o el budismo. Este hecho cobra importancia y debe ser tenido en cuenta, especialmente en nuestro mundo global, porque nos ayuda a analizar y a entender mejor la naturaleza de muchos de los conflictos actuales en los que, sin duda obedeciendo a determinados intereses, se insiste en señalar su carácter religioso como si éste fuera el único componente del mismo. Es un hecho que las grandes religiones organizadas se consideran como identificadoras de otras tantas culturas. Esto se debe en parte a que se han convertido en instituciones -y en ocasiones hasta estados, como es el caso del Vaticano-, pero no hay que olvidar que las religiones también son actores civilizacionales y culturales por los valores que, bajo su advocación, comparten los grupos humanos, porque contienen un sistema de valores, prácticas, normas y actitudes que forman parte del sistema social y cultural en el que se desenvuelven (Briones-Tarrés-Salguero, 2013). Es este carácter social y cultural de las religiones el que puede acercarnos a los humanos como seres sociales y terrenales, al margen de doctrinas, dogmas o creencias espirituales, que únicamente son opciones individuales del ser humano. Las religiones son, pues, parte integrante de las culturas, de los procesos culturales, siendo el factor religioso algo inherente a los modos de pensamiento y a los comportamientos y prácticas -individuales y colectivas- de los seres humanos (Molina-Cano, 2009: 196 y ss.)

Estas consideraciones sobre los conceptos de *identidad* o de *religión* pueden abrirnos nuevos horizontes a la hora de interpretar los fenómenos culturales desde la nueva perspectiva de nuestro mundo actual, un mundo globalizado en el que, como decíamos, se ha operado un giro que exige la revisión de la idea de culturas arraigadas en sus con-

textos nacionales -basado en conceptos como pueblo, nación o identidad- puesto que las culturas no se forman por aislamiento geográfico o trayectorias históricas fijas, ni los orígenes de una cultura -por más que así se pretenda- podrían ser fácilmente fijados con imparcialidad. Por el contrario, ninguna cultura es inmune a los cambios que se producen, fundamentalmente por el contacto con otras culturas (Tortosa, 2001: 40-49). Si a esto añadimos la creciente movilidad y los efectos en lo cultural de la realidad mundial y planetaria, resultará claro que las entidades culturales son algo dinámico y cambiante, algo que fluye y que no está delimitado por un marco geográfico o histórico concreto (Beck, 1997: 101 y ss.).

Puesto que las culturas -como cualquier otra realidad- no pueden ser entendidas de forma unidimensional, es necesario ampliar los enfoques desde los que abordar la comprensión y explicación de los fenómenos culturales. Esto implica tener en cuenta al menos dos cosas: en primer lugar entender y asumir que la cultura lo envuelve todo en nuestras vidas, en una continua interacción y retroactivación: no se puede hablar de política, religión, economía, educación, derechos humanos, ecología, género, paz, etc. sin aludir a la dimensión cultural. En segundo lugar, que los modos de relación entre las diferentes culturas han cambiado, tendiendo a ser una relación dinámica y fluida, puesto que la cultura no puede ser entendida estáticamente, sino como un proceso abierto y dialógico con capacidad de integrar las generalizaciones a nivel mundial (símbolos culturales universales) con los fenómenos particulares emergentes -que también son fruto en buena medida de la globalización- como la re-nacionalización, los movimientos de ideología religiosa o los movimientos de reivindicación identitaria de determinados grupos y colectivos.

En suma, lo que nos interesa destacar aquí es el significado actual de las culturas como integrantes de un mundo global que se proyecta hacia el futuro y que tiene que afrontar nuevos y difíciles desafíos en el campo de la intercomunicación, de la convivencia y de la paz. Esto requiere ampliar el campo de atención, para pasar de centrarse en una cultura particular -que puede ser la propia u otra- a contemplar las culturas y las civilizaciones como un fenómeno global que, dentro de las lógicas asimetrías, presenta múltiples interrelaciones y vínculos. En este sentido pueden ser muy útiles los estudios comparativos, que permiten analizar cada tradición de forma más correcta y profunda, al tiempo que hacen posible establecer una relación entre ellas por medio del análisis de sus características comunes y la consideración de las implicaciones mutuas y las interacciones entre los diversos modos culturales (Molina -Cano, 2001: 145-149).

#### 4.2. Carácter cultural e intercultural de los conflictos

Como es sabido, la tradicional idea que identificaba conflictos exclusivamente con violencia está siendo actualmente suplantada por otra que tiende a considerar los conflictos como fenómenos complejos y abiertos, ligados a la propia naturaleza de los seres humanos quienes, desde sus orígenes, han tenido que gestionar de manera creativa sus relaciones con la naturaleza y con los demás individuos y grupos con los que tenían que compartir su existencia. Las discrepancias entre unos y otros, la contraposición de intereses o de

percepciones y la búsqueda de medios para satisfacer las necesidades humanas (es decir, los conflictos), se han gestionado, y se gestionan, en la mayoría de los casos negociando salidas que supongan el menor coste posible de violencia, buscando alternativas pacíficas y creativas. De otro modo la especie humana habría desaparecido hace tiempo. Por consiguiente, no se puede decir que los conflictos sean en sí mismo violentos o pacíficos, sino que lo que es violento o pacífico es el modo como se regulan.

Las teorías e interpretaciones sobre los conflictos han experimentado últimamente un considerable desarrollo, añadiéndose nuevos elementos y nuevos enfoques que contribuyen a esclarecer su significado, particularmente en el contexto de la Investigación para la Paz. Un avance, en nuestra opinión, es entender que la conflictividad proviene de la complejidad, que los conflictos humanos no son, en última instancia, sino una respuesta a la complejidad, concepto éste que nos proporciona un marco superior de comprensión e interpretación de los conflictos (Muñoz – Molina, 2009: 20-28). En este marco interpretativo de la complejidad, nos parece interesante la definición de *conflicto* como «*todo contacto de dos o más proyectos que produce la modificación de, al menos, uno de ellos, entendidos los proyectos como dinámicas o trayectorias de los elementos implicados y no como estrategias planificadas*» (Bolaños – Acosta, 2009: 62). Este modo de entender el conflicto nos abre horizontes para comprender que los conflictos, por muchos efectos negativos que presenten, tienen siempre la capacidad de regenerarse positivamente, aunque sea mínimamente, puesto que siempre está abierta la posibilidad a una gestión creativa de las nuevas situaciones conflictivas que aparezcan. Claro está que nunca es posible la «solución» perfecta de un conflicto, igual que no existe la Paz Perfecta. Desde esta concepción del conflicto se renueva la idea de que no podemos aspirar a la perfección de las relaciones humanas, pero sí a mejorar el entorno de la mayor cantidad posible de elementos que intervienen en el conflicto, lo que viene a coincidir con lo que se ha llamado paz imperfecta.

Podemos decir que los conflictos son procesos, o proyectos, en cuya existencia están implicados actores, intereses, percepciones, necesidades y objetivos. Los ámbitos en los que pueden manifestarse son múltiples –desde lo personal, grupal, nacional, hasta lo internacional y planetario-, pero todos ellos se desenvuelven en contextos humanos, en los que cada actor, causa, interés o percepción tiene que ver con determinados modos culturales, ya que todos los humanos estamos, de una u otra forma, impregnados –en nuestros deseos, valores y actuaciones- del contexto cultural al que pertenecemos. En este sentido se puede afirmar que el conflicto es una manifestación y un comportamiento cultural. Este carácter cultural del conflicto, que ha sido puesto de relieve por algunos autores (Ross, 1995: 37-52), puede ampliarse al ámbito de lo intercultural si nos situamos en el mundo global donde, como decíamos, las culturas operan y se interrelacionan continuamente.

Por lo tanto, los conflictos son indisolubles de los sistemas sociales y culturales donde se generan, pues en ellos se encuentran sus causas, sus actores y sus modos de regulación. Esto significa que, generalmente, ningún conflicto puede explicarse o interpretarse en un único sentido, sino que lo normal es que en él intervengan varios factores que se entrecruzan y se afectan mutuamente. Dicho de otra manera, en los conflictos intervienen

múltiples causas y actores, diversas variables que se interaccionan y retroactivan, lo que habrá de tenerse en cuenta para su análisis y comprensión. Pensemos, por ejemplo, en determinados conflictos que suelen calificarse de *religiosos* y que, en realidad, tienen unas causas y unas consecuencias más amplias y complejas, afectando a situaciones y aspectos que van más allá de lo puramente espiritual o de cuestiones doctrinales, para abarcar otros ámbitos más terrenales y más profanos. Estas son realidades que las sociedades multiculturales deben tener presentes a la hora de intentar regular los conflictos a los que se enfrentan (Molina – Cano – Rojas, 2004: 102 y ss.).

La percepción del conflicto como un modo o manifestación cultural nos acerca a consideraciones más abiertas sobre la posibilidad de regular pacíficamente las diferencias que surgen en el ámbito del grupo. Pero los conflictos no sólo aparecen en un marco cultural común de referencia, sino también, a una escala mayor, entre individuos y grupos de distintas culturas. Cuando las distintas comunidades van tomando contacto con otras, las relaciones entre grupos -con sus respectivos entornos culturales- generan tensiones y disparidad de intereses que tratan de regularse mediante mecanismos diversos, que pueden ir desde los enfrentamientos violentos o la imposición del poder hasta el diálogo constructivo y la acción negociadora.

Desde esta perspectiva, podemos decir que los conflictos son fenómenos complejos, dinámicos y globales. Por tanto, uno de los requisitos para identificar y regular un conflicto es adoptar un enfoque plural e intercultural. Este nuevo enfoque permitirá, no sólo explicar los diversos modos y niveles de conflictividad en cada sociedad, sino también contrastarlos e interrelacionarlos con los de otros grupos y culturas.

Como consecuencia de la interculturalidad se plantean algunos conflictos que antes no existían, o al menos no se manifestaban de forma tan notoria, lo que supone buscar nuevas vías de regulación. Tal es el caso por ejemplo del conflicto que actualmente supone armonizar globalidad y diversificación cultural; se trata de una aparente contradicción que podría superarse tratando de establecer, frente a los aspectos negativos de la globalización económica, algunas ventajas de la globalización cultural, como pueden ser: la expansión de la comunicación, con la consiguiente apertura al conocimiento y el aprendizaje mutuo; los intentos de búsqueda de una ética universal, que estará basada en las aportaciones y experiencias de cada cultura; el impulso de movimientos dirigidos a fortalecer las incipientes democracias en los países en desarrollo; o los movimientos de concienciación y de lucha por la igualdad de determinados colectivos: mujeres, minorías étnicas.

Las diferencias antagónicas entre distintos modos culturales, cuando se dan, pueden resolverse estableciendo vínculos entre los distintos paradigmas, buscando las coincidencias que puedan existir a diversos niveles (persona, grupo, naturaleza, conocimiento, tiempo, espacio, etc.), para lo que se han de emplear los mecanismos propios de cada cultura y desde sus propias convicciones éticas. Estas coincidencias pueden servir de punto de partida para la construcción de nuevos modelos de entendimiento que faciliten el diálogo intercultural.

### 4.3. Culturas y mediaciones pacíficas

Como venimos viendo, la concepción y el enfoque metodológico de la Investigación para la Paz nos proporcionan una comprensión más amplia de las dinámicas sociales y culturales, a través de las vías seleccionadas por cada sociedad o cultura para la regulación de sus conflictos. Otra de las consecuencias de este enfoque es la posibilidad pensar las culturas desde sus aportaciones pacíficas, más que desde las violentas. Así por ejemplo, es frecuente hacer hincapié en las visiones negativas mantenidas por muchas de las grandes tradiciones culturales y religiosas clásicas que difunden imaginarios negativos de la especie humana (pecados originales, castigos, karmas, purgatorios, infiernos) y que incapacitan e inmovilizan la marcha hacia la solución de los conflictos. Frente a esas visiones negativas, es preciso hacer una inversión epistemológica que impulse un enfoque cualitativo distinto (Martínez Guzmán, 2001): pensar en clave de paz, construir a partir del reconocimiento de pequeñas o grandes realidades pacíficas y alejarnos de visiones pretendidamente *objetivas*, que se convierten en cerradas y dogmáticas, en vez de acercarnos a visiones intersubjetivas, estableciendo interrelaciones entre *pequeñas paces*. (Muñoz, 2001: 45)

Un modo de localizar esas pequeñas o grandes realidades pacíficas es reconocer que, desde su origen, todas las sociedades humanas han contado con recursos para establecer negociaciones y mediaciones entre unos y otros modelos culturales. Esto nos ofrece la posibilidad de relacionar elementos distintos a través de los mecanismos de mediación que están presentes en todas las tradiciones culturales. Podemos encontrar mediaciones concretas, materiales, pero también es posible mediar a través del conocimiento y la reflexión, de una interpretación más abierta de determinadas realidades o acciones que son propias de cada cultura.

En todas las culturas existen instrumentos o modos de negociación -que son pasos intermedios para regular los conflictos- como son: la comunicación, el intercambio de información, el conocimiento de las condiciones, motivos o intereses de los otros actores del conflicto. Todos estos aspectos son vehículos de indagación, pues interaccionan las circunstancias que definen la realidad de cada cultura y sus relaciones con otras.

En suma, situándonos en las anteriores coordenadas, podemos afirmar el papel mediador de las culturas en la regulación pacífica de los conflictos, su capacidad de establecer mediaciones, reales o simbólicas, que contribuyan a esa regulación pacífica. Esas mediaciones culturales pueden ser establecidas a través de diversas vías.

En primer lugar, todos los sistemas culturales cuentan con mecanismos que podemos llamar *internos* para mediar pacíficamente, puesto que poseen un sistema de valores y unos códigos éticos que permiten la armonía y concordia entre los miembros del grupo. Así por ejemplo, la solidaridad, la tendencia a cooperar, el respeto, la cortesía, etc., son mecanismos -en algunos casos simbólicos- que sirven para garantizar la subsistencia del grupo y satisfacer una serie de necesidades humanas como el afecto, la protección o la identidad. Otro tanto puede decirse del modelo de organización social en el que se desenvuelve cada cultura, el cual establece unas normas, unas reglas de juego, que posibilitan

la satisfacción de necesidades humanas como pueden ser la subsistencia, el entendimiento o la participación.<sup>4</sup>

En segundo lugar, situándonos en el ámbito intercultural, de las relaciones entre unas y otras culturas, podemos señalar la existencia de mecanismos de negociación y mediación, que contribuyen igualmente a dar salidas menos violentas a los conflictos y a potenciar la satisfacción de necesidades humanas (subsistencia, entendimiento, participación, libertad, etc.). Se trata de mecanismos que fomentan el diálogo, descubren y reconocen valores compartidos, y propician los intercambios tanto de bienes materiales como de ideas, sentimientos o conocimientos. La existencia de mediaciones culturales en este nivel, se puede detectar a través de diversas vías, algunas de las cuales señalaremos a continuación como resultado del método de análisis que venimos utilizando a lo largo de nuestra exposición:

En primer lugar, si reconocemos que no existen culturas puras y aisladas, que todas las culturas son mestizas, híbridas, mezcladas, nos resultará fácil comprender que en ese proceso de mezcla o hibridación se han debido producir necesariamente momentos y circunstancias de comunicación y negociación. Es cierto que la proporción e intensidad de esas mezclas e intercambios varía de unos lugares a otros y es diferente según épocas y coyunturas históricas, pero siempre han estado presentes aunque en ocasiones hayan tardado en hacerse visibles. La 'hibridación de culturas' se produce especialmente en casos de convivencia temporal y espacial entre determinadas culturas, pero también se da entre diversas culturas que se han ido sucediendo en el tiempo dentro de un mismo ámbito geográfico, dando lugar a la pervivencia de experiencias, ideas y prácticas de unas a otras. Un caso claro en este sentido y que nos resulta próximo es el de las culturas mediterráneas a lo largo de toda su historia.

En segundo lugar, la extensión de la información y el incremento y rapidez de la comunicación que tiene lugar en el mundo actual globalizado son circunstancias que generan, entre otras cosas, un mayor y mejor conocimiento de los 'otros', al tiempo que producen condiciones para el entendimiento, la comunicación y la negociación entre unas y otras culturas o identidades. Fenómenos actuales como las migraciones o las relaciones económicas entre países, propician este tipo de mediaciones y negociaciones en las que —a pesar de las consecuencias negativas o los episodios de violencia que inevitablemente aparecen, como las desigualdades económicas o la pobreza—, las partes siempre obtienen algunas ventajas.

Por último, una importante vía de reconocimiento del papel mediador de las culturas es la localización y reconocimiento de elementos comunes en unas y otras tradiciones culturales. Esos elementos comunes pueden obedecer a sus propias trayectorias históricas de contactos y relaciones<sup>5</sup>, a las coincidencias que pueda haber en sus orígenes —puesto que una cultura no surge de la nada— o a las situaciones de comunicación y de contactos que históricamente han tenido lugar, y que en el actual mundo globalizado adquieren una mayor presencia.

<sup>4</sup> Como es sabido, las necesidades humanas y las posibilidades de satisfacerlas o no, están directamente relacionadas con los conflictos.

<sup>5</sup> Lo que hemos llamado «procesos culturales».

En este sentido, hay que destacar las propuestas de localizar un *código ético universal* (Küng 2006) que trascienda a todas las culturas y que abarcaría valores universales como pueden ser el amor, la justicia, la fraternidad, la solidaridad o la cooperación.<sup>6</sup> El postulado de Küng sería un objetivo final difícil de alcanzar pero al que hay que tender mediante el logro de objetivos parciales. Pese a lo utópico que ese objetivo final pueda ser, siempre puede orientarnos hacia la consecución de pequeños espacios de paz logrados a través del diálogo, tanto entre dirigentes de los distintos dominios que componen las culturas (líderes religiosos, políticos, económicos, educativos...) como entre actores de la sociedad civil.

Se trataría, en última instancia, de poner en valor un conjunto mínimo de actitudes y valores positivos que toda cultura contiene, sin que ello signifique obviar todas las problemáticas inherentes a la propia diversidad cultural, que lógicamente también genera conflictos violentos. Sin el reconocimiento de la ineludible coexistencia de espacios de paz y violencia no habría un punto de partida para lograr siquiera metas parciales, enfocadas al logro de un *código ético mínimo de valores universales*.

Creemos que este reconocimiento de valores compartidos no es incompatible con el hecho de que cada tradición cultural tenga sus modelos propios y diferentes a los de otros grupos. Por otra parte, la afirmación de que cada cultura tiene unos modelos y unos sistemas de valores propios, no debe hacernos olvidar que en toda la historia de la humanidad los rasgos culturales compartidos por un mismo grupo no son inamovibles, sino que han ido cambiando por diversos motivos, entre los cuales el más frecuente es el contacto con otros grupos y sistemas sociales que van proponiendo e introduciendo rasgos alternativos a los que existían previamente. Desde este punto de vista, se puede decir que la historia de la humanidad es la historia del cambio cultural y de los mestizajes (Tortosa 2001: 48-49), por más que desde determinados enfoques y según épocas se haya impuesto la tendencia a codificar las culturas como si fueran inmunes al cambio y al intercambio que inevitablemente se produce a través del contacto con otras culturas.

El reconocimiento y puesta en práctica de una ética común universal, de una moral mínima compartida basada en la intersubjetividad y la comunicación, significa en última instancia el reconocimiento de unos valores transculturales que pueden servir como elementos de mediación en la regulación pacífica de los conflictos culturales en la actualidad.

---

<sup>6</sup> Todos estos son valores que defienden todas las grandes tradiciones religiosas, valores que pueden considerarse universales y transculturales.

## 5. Referencias bibliográficas

- Aguirre Baztán, Ángel (ed.) (1997) *Cultura e identidad cultural. Introducción a la Antropología*, Barcelona, Ediciones Bardenas.
- Beck, Ulrich (1997) *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- Bolaños Carmona, Jorge y Acosta Mesas, Alberto (2009) «Una teoría de los conflictos basada en la complejidad», en Muñoz, Francisco A. - Molina Rueda, Beatriz (eds.) *Pax Orbis. Complejidad y conflictividad de la paz*, Granada, EUG, pp. 55-72.
- Briones, Rafael y Tarrés, Sol y Salguero, Óscar (2013) *Encuentros. La diversidad religiosa en Ceuta y en Melilla*, Barcelona, Icaria.
- Calvet, Loius-Jean (2001) *Identidades y plurilingüismo* ([http://www.campus-oci.org/tres\\_espacios/icoloquio.htm](http://www.campus-oci.org/tres_espacios/icoloquio.htm))
- De Morães, Denis (coord.) (2005) *Por otra comunicación: los media, globalización cultural y poder*, Barcelona, Icaria.
- García Canclini, Néstor (2001) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Geertz, Clifford (1996) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Giménez, Gilberto (2000) «Identidades en globalización» *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 7, nº. 13, 27-47.
- González Arencibia, Mario (2006) *Globalización cultural: interacciones socio-económicas y políticas y retos para el desarrollo social*, La Habana. Edic. electrónica: [www.eumed.net/libros/2006a/mga-02/](http://www.eumed.net/libros/2006a/mga-02/)
- Herrera Flores, Joaquín (2005) *El proceso cultural. Materiales para la creatividad humana*, Sevilla, Aconcagua Libros.
- Kahn, J. S. (ed.) (1975) *El concepto de cultura. Textos fundamentales*, Barcelona, Anagrama.
- Küng, Hans (2006) *Proyecto de una ética mundial*, Madrid, Trotta.
- Martínez Guzmán, Vicent (2001) *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona, Icaria.
- Martín-Barbero, Jesús (2005) «Globalización comunicacional y transformación cultural» en Denis De Morães, (coord.) *Por otra comunicación: los media, globalización cultural y poder*, Barcelona, Icaria, pp. 39-61.
- Molina, Beatriz y Cano, María José (2001) «La paz desde la diversidad cultural y religiosa», en Francisco A. Muñoz (ed.) *La paz imperfecta*, Granada, EUG, pp. 143-179.
- Molina, Beatriz y Cano, María-José (2009) «Las religiones como gestión de la complejidad y la paz», en Muñoz, Francisco A. y Molina Rueda, Beatriz (eds.) *Pax Orbis. Complejidad y conflictividad de la paz*, Granada, EUG, pp. 189-213.
- Molina, Beatriz y Cano, María-José y Rojas Ruíz, Gloria (2004) «Culturas, Religión y Paz» en Molina Rueda, Beatriz y Muñoz, Francisco A: (eds.) *Manual de Paz y Conflictos*, Granada, EUG, pp. 95-117.

- Muñoz, Francisco A. (ed.) (2001) *La paz imperfecta*, Granada, EUG. Reeditado en formato electrónico por la EUG en 2015.
- Muñoz, Francisco A. y Bolaños Carmona, Jorge (2011) *Los habitus de la paz. Teorías y prácticas de la paz imperfecta*, Granada, EUG.
- Muñoz, Francisco A.; Herrera, Joaquín; Molina, Beatriz y Sánchez, Sebastián (2005) *Investigación de la Paz y los Derechos Humanos desde Andalucía*, Granada, EUG.
- Muñoz, Francisco A. y Molina, Beatriz (2010) «Una cultura de paz compleja y conflictiva. La búsqueda de equilibrios dinámicos», *Revista Paz y Conflictos*, n.º 3, pp. 44-61.
- Muñoz, Francisco A. y Molina Rueda, Beatriz (eds.) (2009) *Pax Orbis. Complejidad y conflictividad de la paz*, Granada, EUG.
- Muñoz, Francisco A.; Molina, Beatriz y Cano, María-José (2004), «Diálogos e Investigaciones Trans Culturales y Disciplinarias», *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales*, n.º 34, México, UAM, pp. 55-80.
- Ross, Howard (1995) *La cultura del conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*, Barcelona, Paidós.
- Tortosa, José María (2001) *El juego global*, Barcelona, Icaria.

PROCESO EDITORIAL • EDITORIAL PROCESS INFO

Recibido: 24/07/2015      Aceptado: 19/11/2015

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO • HOW TO CITE THIS PAPER

Cano, María-José y Molina Rueda, Beatriz (2015) Culturas, mundos globales y paz, *Revista de Paz y Conflictos*, Vol. 8, nº 2, pp. 9-27.

SOBRE LAS AUTORAS • ABOUT THE AUTHORS

María José Cano Pérez es Catedrática del Área de Estudios Hebreos y Arameos de la Universidad de Granada así como directora del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la misma universidad. IR del Grupo de Investigación.HUM-138 «Hebraístas andaluces», ha desarrollado su actividad científica como investigadora en las líneas de investigación del hebraísmo hispano y Cultura de Paz. Ha participado en numerosos proyectos como *La cuentística en judeo-árabe como ejemplo de interculturalidad: Fondos Hebreos de la Biblioteca General y Archivos de Tetuán (Marruecos). Traducción y Estudio*. Asimismo, fue la investigadora responsable del Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía *Maimónides: Traducción y Estudio*, e IP del Proyecto I+D+i *La alteridad religiosa y étnica en los escritos de viajes: judíos, cristianos y musulmanes de Siria-Palestina (siglos XII-XVII)*.

Beatriz Molina Rueda es Profesora Titular del Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada y miembro del Instituto Universitario de Investigación de la Paz y los Conflictos de la misma universidad. IR del Grupo de Investigación HUM-607 «Paz imperfecta y Conflictividad», ha desarrollado su actividad científica como investigadora en las líneas de investigación: Lingüística árabe, Cultura de Paz y Culturas, religiones y paz en el Mediterráneo, con especial atención al mundo árabe islámico. Ha participado en numerosos proyectos, entre ellos: *La cuentística en judeo-árabe como ejemplo de interculturalidad: Fondos Hebreos de la Biblioteca General y Archivos de Tetuán (Marruecos). Traducción y Estudio* o el I+D+i *La alteridad religiosa y étnica en los escritos de viajes: judíos, cristianos y musulmanes de Siria-Palestina (siglos XII-XVII)*. Asimismo, fue investigadora responsable del Proyecto Europeo *Studying and Preventing the Islam Radicalization. What School Communities can do? Comparative analysis of cases of Bulgaria, Romania, Spain, Marrocco*.